

AROMA A INCIENSO Y MISTERIO

Aquella tarde siguió resonando durante muchas noches. El aroma a incienso y cera derretida se mezclaba con el silencio opresivo del Jueves Santo. La procesión avanzaba lenta, casi irreal. Desde el balcón, contemplé al Cristo de la Agonía pasar bajo mi ventana. Sus ojos, tallados con dolor divino, parecían clavarse en los míos, pidiéndome auxilio. Sentí un escalofrío. Al pasar la cofradía, una anciana susurró: "Este año se ha movido más que nunca".

Al día siguiente, curioso, visité la iglesia para verlo de cerca. La atmósfera estaba cargada. Me acerqué al altar, pero el paso estaba vacío. El sacristán, viendo mi confusión, me aclaró con voz temblorosa: "Señor, el Cristo no sale desde hace años por estar en restauración. Lo que usted vio ayer no fue la talla". Miré la hora: era la misma tarde que, según las leyendas locales, el tiempo se detiene y la madera cobra vida.